

Habia despues observado que soplaban de este mismo lado ciertos vientos, que duraban con bastante igualdad por muchos dias, y se persuadió que no podian ser causados más que por tierra que allí habia. Estas observaciones le llamaban á lo que Platon, despues de haber hablado de su Atlántida, añade: que mas allá de aquella grande isla habia un gran número de pequeñas, que bastante cerca de las últimas, se hallaba un continente más grande que la Europa y Asia juntas, y que despues estaba el mar verdadero. Y es bastante de admirar que todo esto se haya verificado con exactitud, como lo habia escrito este filósofo dos mil años ántes; porque por último, ménos su Atlántida, que decia haberse desaparecido, se ha descubierto más allá de nuestro Océano un archipiélago muy grande, que costea un continente, quien solo forma casi la mitad de la tierra, y más adelante un mar que es, sin contradiccion, el mayor de todos.

Hay todavía alguna cosa bien notable en lo que han referido algunos autores antiguos de lo acaecido á un navío cartaginense, el que el año de trescientos cincuenta y seis de la fundacion de Roma, buscando nuevos descubrimientos, tomó su rumbo entre el Mediodía y el Poniente, se atrevió á meterse por un mar desconocido, sin otra brújula que la atención del piloto en observar la

estrella del Norte, y al fin dió fondo en una isla desierta, muy espaciosa, abundante en pastos, cortada por todas partes de rios hermosos y cuyos grandes y espesos bosques, llenos de árboles de extraña magnitud, parecian corresponder á la fertilidad del terreno; que las ventajas y amenidad del clima empeñaron muchos de aquellos aventureros á quedarse en aquella isla; que los demas se volvieron á Cartago, donde despues de haber dado cuenta al Senado, éste, quizás más sabio que sus antecesores, creyó deber sepultar en un profundo olvido el conocimiento de este suceso, condenando á muerte secreta todos aquellos que podian divulgarlo, y dejando los que habian quedado en la isla, sin ocurso para salir de ella (*); Juan Barros refiere en su Historia de las Indias, un hecho que pudiera tener alguna conexion con la antecedente aventura, y servirle de prueba ó tomar de ella alguna luz. Dice que en la Isla del Cuervo, la más occidental de las Azores, se halló en ella, cuando se descubrió una estatua ecuestre de piedra, ó de una especie de tierra cocida sobre un pedestal del mismo material; que á los lados del pedestal habia inscripciones, cuyos caracteres jamás se han podido descifrar, y que el caballero ó ginete, vestido á la usanza de la mayor parte

(*) Teófilo de Serratis.—De las Maravillas de la naturaleza.

de los americanos, que no están del todo desnudos, señalaba con el dedo el Poniente, como en ademán de avisar que allí había tierras y hombres que las habitaban. Era demasiado reciente este descubrimiento, por el tiempo que fué Colon á Portugal, para que dejase de oír hablar de esta circunstancia.

Tuvieron más realce estas conjeturas despues de la feliz empresa de Colon; y ántes que él mismo hubiese formado su proyecto, creyeron más que él en ellas, y las dieron más valor nuestros mismos españoles que tan largo tiempo habían tratado de visiones, esa de la existencia de una cuarta parte del mundo, fundando sus razones en que hasta entónces no había sido conocida: pretendieron despues de su descubrimiento recobrar en ella provincias de su imperio, que la infelicidad de los tiempos les había usurpado, y reclamar sobre ellas los derechos incontestables de los soberanos. Oviedo el historiador se arroja á decir que las Antillas son las famosas Hespérides tan celebrados por los poetas, y añade con atrevimiento que cuando Dios las puso bajo la dominacion de los Reyes Católicos, no ha hecho otra cosa que restituir á su corona lo que la había pertenecido tres mil ciento y cincuenta años ántes, en tiempo del rey Hespero, de quien habían tomado el nombre. Añade tambien, que Santiago y S. Pablo habían

predicado allí el Evangelio, y para fundar su propuesta, cita á S. Gregorio Papa en sus Morales: el que quisiere ver bien refutada esta opinion de Gonzalo de Oviedo, puede leer el capítulo nono de la Historia del almirante Colon, escrita por su hijo D. Fernando. Dió lugar esta opinion extraña, como lo refiere Juan Díez de la Calle, § XXXVIII, en sus Noticias Sagradas, á que en veinticinco de Octubre del año de mil quinientos treinta y tres, escribe el señor emperador al capitan Gonzalo Hernandez de Oviedo y Valdes, su Crónica de las Indias, castellano de la fortaleza de Santo Domingo una carta, en respuesta de otra suya, en que hay, entre otros, este notable capítulo.

(*) « Tambien vi la que decís que teneis escrito, « y entendeis de enviar probado con cinco autores, « que esas islas fueron del Rey de España, duodécimo, contando desde el Rey Tubal, que tomó « estos reinos despues de Hércules, año de mil « quinientos cincuenta y ocho, ántes que Nuestro Redentor encarnase; de manera que este « presente año tres mil noventa y un años hace « que esas tierras eran del cetro real de España, « y que no sin gran misterio al cabo de tantos « años las volvió Dios á cuyos eran, y todo lo demás que cerca de esto decís y holgaré de ver

(*) Este rey se llamaba Hespero, de quien España tomó el nombre. Anales del doctor D. Martín Carrillo, fol. 48 y 509.

« el fundamento que para ello teneis, y así os
« mando, que si cuando esta recibais, no lo hu-
« biéredes enviado, lo enviéis en el primer navío
« que para estos reynos partiere, y duplicado en
« caso que hubiéredes enviado. »

Este autor es el primero que escribió la Historia natural y general de las Indias, Islas y tierra firme del mar océano en veinte libros, impresa en Sevilla á treinta de Setiembre de mil quinientos treinta y cinco, y segun esto computa, creyendo esta fábula el dicho D. Juan de la Calle, que ha tres mil doscientos cuatro años que las Indias son de la corona de España, que es una cosa bien notable. Vatablo, otro autor que no tenia el mismo empeño de lisonjear nuestra nacion española, ha escrito seriamente, que la Isla Española era el Ophir donde Salomon enviaba á buscar el oro, pavos reales y dientes de elefantes; lo que ciertamente no se hubiera atrevido á proferir, si hubiera sabido, que en la Isla española, ni en ningun paraje del Nuevo-Mundo se han hallado elefantes.

En fin, y con verdad columbo, que sabia perfectamente el arte de observar la latitud ó la altura del polo con el astrolabio, lo que nadie habia puesto en práctica ántes que él en alta mar, aunque se enseñase públicamente en las escuelas, no arriesgaba tanto como se pensaba en penetrar

el Océano mucho más adelante que hasta entónces se habia tentado, y por cualquier rumbo que dirigiese su proa, bien sabia que cuando muy mal le saliese su empresa, no tenia más que volverse sin haber hallado nada. Se lisonjeaba aún de encontrar al fin y al cabo las tierras de la Asia, las que creia ménos distantes de lo que estaban efectivamente. Había leído la relacion de los viajes de Márcos Pablo de Venecia, donde habla de Catay, que cae á la parte septentrional de la China, y de una isla llamada Cipango, abundante en oro, y que despues se creyó ser el Japon. Sobre esta relacion habia especialmente fundado su sistema; motivo porque, en la mayor parte de sus expediciones, no perdía de vista el descubrimiento de Cipango de Pablo de Venecia; pero ántes de poner por obra tan ardua empresa, tuvo que sufrir este insigne hombre muchos bochornos y desaires, llevando de Corte en Corte sus ideas y sus esperanzas, experimentando los insultos de los ánimos apocados y los desdenes de orgullo, y sufriendo, por espacio de ocho años, repulsas que le affligian sin desalentarse. A esta perseverancia inalterable parece que estaba ligado el éxito de esta resolucion, de que Colon debia ser el instrumento.

Sea que conforme á la relacion del inca Garcilaso de la Vega, que tienen varios autores por

cierta, y otros que cito y sigo por hija de la envidia, y inventada, en la que da por asentado que el primero que descubrió este Nuevo-Mundo fué Alonso Sánchez de Huelva, natural de la villa de Huelva en la Andalucía; sea, digo, que se valiese Colon de los papeles y apuntes que este piloto le dejó en agradecimiento del hospedaje que le dió en su casa, adonde murió, habiendo llegado de resulta de una tempestad deshecha á la Isla Tercera, adonde vivia entónces; (*) sea que supiese de este descubrimiento, segun dicen otros, de un gran marino llamado Ruitfalero, portugués, quien huyendo de la India Oriental, ó derrotado por una fuerte tormenta, vió unas islas, hizo su derrotero, y llegando á Sevilla murió en su casa de Colon y le dió la noticia; (**) sea, y es lo más cierto, por su pericia grande en la náutica, pues era gran piloto y cosmógrafo, como convienen todos los autores, (***) y fundado en las conjeturas que he relatado y traen por extenso Herrera y otros, llegó á certificarse de la tierra que estaba al Occidente de la Europa, y puso los medios más eficaces para descubrirla; pero, reconociendo que empresa tan grande no

(*) Garcilaso de la Vega, Inca. Commentar. del Perú, Lib. I, Cap. 3.--Pizarro. Varones ilustres de Indias.--Mariana, Lib. 26, Cap. 3.--Carrillo en sus Anales, y otros.

(**) Calancha. Crónica de S. Agustín, Lib. I, Cap. 4, folio 27.

(***) Illescas!--Hist. Pontif., Lib. 6, pág. 132.

convenia sino á Príncipe que pudiese hacerla y sostenerla, y que no se podia ejecutar sin grandes facultades, quiso proponérsela al Rey D. Juan II de Portugal, en cuyo reino estaba, y por estar empeñado en la conquista de la India no le atendió. Antes de responderle el Rey, quiso que se consultase este proyecto á D. Diego Ortiz, obispo de Ceuta, conocido por el Doctor Calzadilla, del lugar de su nacimiento, y que se examinase por dos médicos judíos, muy estimados por su pericia en la cosmografía. Lo primero que hicieron estos comisionados, fué pedirle un detalle más circunstanciado en forma de memorial. Lo dió, y luego que lo tuvieron á las manos, dispusieron que saliese secretamente una carabela con orden al piloto de seguir puntualmente lo que demarcaba Colon en su escrito. Habiendo tomado los marineros la derrota que el almirante habia manifestado al Rey, no la acertaron porque les faltaba la inteligencia y constancia del piloto ginovés. No anduvo muy léjos la carabela, y despues que experimentó algunas borrascas bastante fuertes y se vió perdida por algunos dias sin atinar, volvió á Portugal, burlándose y detestando esta empresa, que les pareció tan desatinada como peligrosa. Luego que supo Colon la treta de estos consultores, no pudo ménos de enfadarse con el Rey de Portugal y su tierra,

picado que le achacasen una empresa que tuvo mal suceso por mal concertada, y se salió del reino con su hijo Diego Colon (que le sucedió en el estado), y más cuando despues de muerta poco ántes su esposa nada le tiraba en aquel reino; y temiendo que el Rey, como capaz que habia de atribuir esta mala tentativa más bien á la falta de habilidad y experiencia de su piloto que á los memoriales que él habia dado, lo hiciese arrestar, se embarcó sin decir nada á nadie al fin del año de mil cuatrocientos ochenta y cuatro. Tomó tierra en Andalucía con su hermano Bartolomé Colon, y le envió á Inglaterra á tratar con Enrique VII, entretanto procurase intentar lo mismo con la Corte de España.

Aunque Bartolomé Colon tenia pocas letras, era, como dice su sobrino Fernando Colon, práctico y juicioso en las cosas de la mar, y hacia esferas, cartas de marear y otros instrumentos náuticos á la perfeccion, enseñado de su hermano el almirante. Embarcóse en efecto, y le robaron unos corsarios y á los demás que iban á Inglaterra; y como se vió muy pobre y en tierra ajena, se aplicó á hacer mapas de marear para ganar su vida, y presentó al Rey un Mapamundi, explicándole el discurso de su hermano. Y de tal suerte le agradó al Rey, que le rogó de hacer venir el autor su hermano, prometiéndole

de contribuir á todos los gastos de la empresa; pero como Dios la tenia guardada para Castilla, no tuvo efecto, pues ya el almirante, en aquel tiempo, habia conseguido lo que deseaba. Se hace difícil conciliar esta relacion con lo que dice Antonio Herrera del viaje de Bartolomé Colon, y decidir quién de estos dos autores merece más crédito sobre este punto. Parecerá tambien extraño que los dos hermanos ocurriesen en un mismo tiempo á dos Córtes que no debian considerarse tan remotas en la aceptación de sus servicios, y en caso de admitirlos prontamente podian verse bien embarazados; pero, segun todas apariencias, Cristóbal Colon tiraba á lo más seguro y contaba que por los celos que nacerian de allí entre ambas Córtes, émulas la una de la otra, seria solicitado con ardor de las dos, y por este medio se hallaría en estado de afianzar unas condiciones más ventajosas, en lo que se engañó.

Vino á Castilla, y dejando á su hijo Diego en Palos, pasó á Córdoba, donde estaba la Corte: presentó un memorial al Rey, que pareció gustar su proposicion, y cometió el exámen de ella al prior del Prado, quien despues fué arzobispo de Granada, para que con los más hábiles cosmógrafos confiriese con Colon hasta que quedasen plenamente instruidos de su designio, y le informase con su dictámen para deliberar sobre

empresa tan plausible. Lo que resultó de estas conferencias fué aquello mismo que preveía Colon y expresaba en su memorial al Rey, esto es, que se burlarian de su proyecto. Estaba muy mal vestido, y fué mirado como un hombre que proponía cosas nuevas con el fin de remediar su pobreza ó salir de la oscuridad en la que habia vivido hasta entónces. Con todo, encontró un hombre de suposicion que le dió la mano y formó un juicio muy distinto que los demás. Éste fué D. Alonso Quintanilla, contador mayor de Castilla, hombre prudente, de gusto y de pensamientos grandes. Halló Colon en este caballero un gran protector, que despues le procuró otros y le socorrió en sus necesinades, dándole de comer, porque de otro modo no podria entretener tanto tiempo en tan larga pretension. Hizo más, pues obtuvo de la Reina Doña Isabel la gracia que el plan del piloto ginovés fuese examinado, y se dió esta comision, como arriba se apuntó, al padre fray Fernando de Talavera, religioso de San Gerónimo, prior del Prado y confesor de esta Princesa, que fué despues el primer arzobispo de Granada. Obedeció este religioso; pero como los que habia juntado eran ignorantes, no pudieron comprender nada de los discursos del almirante, quien tampoco, como dice Herrera, y lo expresa Don Fernando Colon en su Historia,

queria explicarse mucho, temiendó no le sucediese lo que en Portugal. Los cosmógrafos de la junta dijeron al Rey que el intento de Colon era imposible; y lo que le objetaban al piloto ginovés se reducía, á que sin fundamento presumia aventajarse él solo á un número casi infinito de hábiles náuticos que tenian perfecta experiencia de la navegacion; que despues de tantos millares de años no podia descubrir tierras desconocidas hácia el Occidente, no pudiéndose haber ocultado á la vigilancia de un sinnúmero de diestros cosmógrafos, y que si las hubiera, no dejarían, por esas razones, de estar ya bien informados de su existencia. Otros decían, que para llegar á las Indias Orientales por el rumbo que queria tomar, siendo el mundo tan grande, necesitaba tres años á lo ménos, y que una navegacion tan larga no se debia intentar por personas cordatas. En confirmacion de esto traían la autoridad de Séneca, en que, por vía de cuestion, trataba si el Océano era infinito, dudando si era navegable; y cuando lo fuese, dudaban si hallarian tierras habitables, y si se podria, sin temeridad, llegar á ellas y dar vuelta al Océano. Y en fin, que en yendo al Occidente, se bajaba siempre; y que si alguno hiciese este viaje, no podria volver á España, porque lo impediria la redondez de la esfera, ántes se veria obligado á subir por la mar como

por una especie de montaña, lo que era imposible, aunque llevase buen viento.

Por mucho que Don Cristóbal satisfacía á estas razones, no era entendido, por lo cual los de la junta juzgaron la empresa por vana é imposible, y que no era decente que tan grandes Principes se moviesen á protegerla con tan débiles informes: con que se vió reducido Colon á esperar coyunturas más favorables. Pasáronse como cinco años en esta materia, gastándose el tiempo en exámenes y averiguaciones, porque se hacia increíble su proposicion, y se reconocia mucha incertidumbre en la experiencia, y muy expuesta á gastos inmensos; por cuyo motivo mandaron los Reyes despues, que se respondiese á Don Cristóbal Colon: que por hallarse empeñado en muchas guerras, especialmente en la conquista de Granada, no estaba para emprender nuevos gastos; que tuviese paciencia, que acabada la guerra se examinarian despacio sus proposiciones y se atenderia con gusto á lo que ofrecia.

Despedido en buenos términos Colon, fué á Sevilla, y no hallando en sus Altezas mejor conclusion que la pasada, dió cuenta sucesivamente de su empresa á los duques de Medina Sidonia y de Medina Celi. Dicen algunos que el primero no le quiso oír, y que el segundo habia resuelto de armar dos navios en el puerto de Santa

Maria, que le pertenecia, pero que la Corte no lo quiso consentir. En sustancia, ambos señores le desecharon tambien. No habiendo concluido nada despues de muchas pláticas, como deseaba, en España, determinó entónces pasar á Francia, y escribió al Rey Cristianisimo Carlos VIII, con intencion de pasar á Inglaterra á buscar á su hermano, de quien no habia tenido noticia, en caso que los franceses no le admitiesen; pero se burlaron en aquella Corte de su proyecto. Hay autores que digan, que habia ocurrido primero á la Señoría de Génova, como buen hijo, pero allí se tuvo por sueño esta pretension, y fué tratado como un visionario. Así vaciló Colon todo este tiempo, proponiendo sus vastas ideas ya á una Corte ya á otra, sufriendo desaires y desprecios en todas.

Viendo, pues, que lo entretenian en la Corte de los Reyes Católicos, medio desesperado de conseguir sus intentos, se fué al convento de la Rabida en Palos de Moguer, con intencion de llevar su hijo Don Diego á Córdoba y proseguir su viaje á Francia; pero como Dios tenia guardado este descubrimiento para la Corona de Castilla y de Leon, le inspiró, por el mucho tiempo que habia vivido en España, una cierta repugnancia de salir de ella para ir á tratar con otros Principes, y, como dice Arol-